

SENTIR LA VIDA

© Alberto Omar Walls

Me desperté esa mañana obsesionado por un ciego temor de lo cotidiano y pensando en las desgracias recientes de dos amigos, pues a uno le cayó encima una nevera de una mudanza cuando volvía del Juzgado de preparar los documentos para casarse, y al día siguiente, el otro, que se dirigía en busca de la comitiva para enterrar al primero, sufrió un accidente de circulación. Yo había acabado de desayunarme y miraba por la ventana sin querer ver nada concreto, sólo mirar, pero cavilaba sobre los extraños, en lo difícil de vivir por encima de las limitaciones propias y de que cada día más se complican los aprendizajes, las competencias y el salvar la vida entera o los pedazos de ella. Lo que ocurrió fue tan rápido que tardé en darme cuenta de lo que había visto. Observaba a lo lejos, para descansar mi deprimida piel sobre el repecho del monte, y porque también es la hora en que necesitas mirar a ninguna parte para que los sueños vanos no hallen anclaje en la percha del ánimo, cuando el vecino estaba ya abajo sacando el auto del garaje. Recogía la mesa y oí el encendido de su coche, pero también escuché un extraño graznidito impropio en los pájaros del vecindario, pero no le di importancia. Volví a la ventana y fui sacado de mi mirar embobalado en el monte por la evolución rápida de algo menudo y ágil que saltaba, desde el borde de la azotea de la casa de enfrente, hasta la calle. Me alongué y vi un gorrión que caído daba aletazos contra el asfalto con deseos de retomar el vuelo. Era muy pequeño para subir sin ayuda la casa abandonada y elevarse luego hasta su nido del árbol situado en el patio interior. Constaté el hecho, pero aún no habría de tomar conciencia de lo que veía.

El coche había arrancado y los ocupantes esperaban para partir a que el más pequeño de la casa volviera de fechar el garaje. Sólo por curiosidad, sin

cerrar el grifo del agua, ni quitarme el delantal, volví a la ventana. Estaba aún allí, en el suelo, y cada vez más cerca del auto encendido. Vi que bajaba la acera de un pequeño saltito y comenzaba a caminar muy ufano y confiado por debajo del coche. Algo vibró al instante en mi pecho y se transformó en energía violenta. Le grité. Su peligro me lanzó fuera de mí. Sin saber por qué estaba decidido, a cualquier precio, salvar la vida de aquel inocente ser que aún no había aprendido a volar. Grité de nuevo, pero los del coche no entendieron qué les decía y ni siquiera el porqué de tanto alboroto. Decidí ir a la calle. Olvidado de todo, corrí las escaleras abajo y detuve a los vecinos en el momento preciso que la máquina se echaba a andar. Pero el pajarillo no estaba allí. Les expliqué lo que pasaba y creyeron que los embromaba. Me tiré al suelo de rodillas e indagué bajo el auto por si podía descubrirlo. Y lo divisé en el interior de la rueda delantera, pero todo negro, embarrado de hollín. Les pedí que pararan el motor. Entre risas y aspavientos lo hicieron, y empecé a darle a la rueda para que saliera por el lado contrario. Surgió al fin y voló, como si fuera un cangurito, dando pequeños saltos hasta la otra acera. Comencé entonces la destartada tarea de correr a agarrar una cosa negra con pico que, dando trompicones, huía desesperado de mis manos.

Pero lo atrapé. Y nuevamente grité, pero de alegría. Lo había salvado de morir, y al punto se me planteó la duda de cómo llevarlo hasta el árbol que se hallaba en el patio de la casa. Ajeno a mis preocupaciones, picoteándome la piel, seguía revelándose inquieto en el interior de mi puño. Recordé el viejo cuento en que alguien arroja al aire un pájaro haciéndolo pasar por piedra. Aunque otro fuera el caso, la similitud era evidente. Lo aventé contra el cielo y llegó hasta la azotea de la casa vecina, cerrada desde hacía tiempo. Subí a la mía y comencé a espiarle su pueril actividad, pues piaba y se movía a saltitos, yendo y viniendo, preso de la visión de su punto de vista, enloquecido de ignorancia, atrapado en un corto destino de plumas y hollín. Mas ellos reconocieron su estridente voz ya que una pareja de adultos voló a su encuentro. Oí el amoroso orquestado de

piídos de los padres y su hijuelo. ¿Le estarían advirtiéndole que le estaba bien empleado el susto para que no volviera a salirse del nido o aquí estamos, pase lo que pase, junto a ti? Miré el reloj y supe que había perdido la mañana, pero decidí seguir ayudando por entero a aquel niño y de eso yo tenía que ser testigo. Estaba la bola ennegrecida andando de un lado para otro sin la posibilidad de elevar el vuelo, y más arriba, en las ramas o en el aire, se balanceaba la pareja de gorriones que piaba al unísono instruyéndolo en las clases del impulso y el remontar sobre el camino del crecimiento. Descubrí un cable de acero en la azotea por el que seguro, con el mínimo esfuerzo, podría ascender. Y se lo dije a gritos, pero ni me oyó y ni sabía qué cosa era un cable. Recordé que había dejado la llave del agua abierta y bajé temiendo que el piso estuviera ya inundado, sin embargo todo estaba en orden. Apresurado, dándome golpes en los brazos contra los malditos pomos de las puertas, pude cerrar el grifo y quitarme el delantal que se había hecho un nudo imposible de deshacer y, cuando volví, los representantes de mi temor de lo cotidiano habían desaparecido. Solo quedaba la presencia vacía de una lejana calma, semejante a la que deviene después de cualquier tormenta. La calle enmudeció con la presencia de un sol nuevo y rutilante que me reveló la fotografía de esa mañana entregada a un pequeño ser que poseía, como media de vida previsible, algunas pocas horas. Sin verlos, y sin saber por dónde volarían, saqué los brazos bastante afuera de la ventana abierta y me puse a aplaudirles.